

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
DOÑA LEONOR DE VARGAS (Soprano dramática).....	SRTA. ORTEGA VILLAR.
DON ÁLVARO, el Padre Rafael (Tenor).....	SR. FAMADAS.
DON ALFONSO DE VARGAS (Barítono).....	CHALLIS.
EL PADRE GUARDIÁN DEL CONVENTO DE LOS ÁNGE- LES (Bajo).....	MASINI PIERALLI.
CURRA.....	SRA. GRAZIOLLI.
NIEVES.....	BAREA.
FUENSANTA.....	MELERO.
UN GAÑÁN (Tenor).....	SR. ALGOS.

Padres franciscanos. Trilladores y otras gentes del campo

La acción en las inmediaciones de la villa de Hornachuelos (Córdoba)
á mediados del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del artista

ACTO PRIMERO

Celda de un padre franciscano, en el convento de los Angeles.

A la izquierda, una terima con una estera; un vasar, con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados.

Al fondo, una ventana—con sus hojas de madera cerradas—por cuyos resquicios pasa luz del día.

A la derecha de la ventana una especie de oratorio pobre, en el que lucen dos lámparas, que alumbran la escena.

Puerta de entrada á la celda, en la pared de la derecha.

En el muro de la izquierda, y en su parte alta, una gran claraboya, que aparecerá cerrada por un solo y recio redondel de madera. Puede ser abierta por medio de un grueso cordón, que del redondel pende.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE GUARDIAN y DON ALVARO (el Padre Rafael.) CORO de religiosos y VOZ de un gañán.—Al levantarse el telón estarán sentados, en sendos sillones; don Alvaro, meditabundo y abatido; el Padre Guardián, mirando á don Alvaro compasivamente

(Coro de religiosos, dentro, hacia la derecha.)

Don Alvaro. Me dejad.

P. Guardián.

Don Alvaro.

Nunca, nunca.

¡Por el Cielo!

Tornad con mis hermanos, que en el coro sus oraciones rezan, en sus horas.

P. Guardián. También es grato al Cielo quien se afana por consolar al prójimo. Terrible trance, fatal, sufrís...

Don Alvaro. ¡Ay, Padre mío!
Me devora la fiebre, y es la fiebre del alma en la tortura...

P. Guardián. (Va á levantarse.) ¡Sosegãos!
(Defeniéndole.)

Don Alvaro. Las visiones medrosas me atormentan; me siguen, me persiguen, me enloquecen. Tan sólo vos, en este mi refugio, donde la muerte me redima, al cabo, de tanto padecer, sabéis mi historia. ¡Vos, Padre Guardián!... ¿Y á quién dijera, sino á vos, mis angustias?...

P. Guardián. Dulcemente, por gracia del Señor, veréis un día cuál se calman al fin.

Don Alvaro. ¡Pronto, Dios mío!

P. Guardián. Los rezos ya se extinguen.

Don Alvaro. Ya los Padres el coro dejarán. Y, por el claustro, volverán para el huerto, y en el huerto la luz del sol alegrará sus almas; mientras yo me devoro, condenado á perenne penumbra...

P. Guardián. Si un momento la ventana os abriera...

Don Alvaro. (Levantándose.) ¡No!

P. Guardián. ¡Qué extraña, fatal indecisión!

Don Alvaro. ¡No! Con los rayos del Sol, (¡ah, Padre Sol!) se me figura que las visiones, que me cercan, veo salpicadas de sangre.

P. Guardián. Vos tan sólo las evocáis, las sugerís. ¡Calmãos!

Don Alvaro. (Como pintando todas y cada una de las escenas.) Ya, miro á mi Leonor, cuando en el templo la conocí. ¡Cuán bella! ¡Cuán radiante! Ya, el cuadro pavoroso de la muerte de su padre infeliz. El arma fiera despedí, con temor á que mi furia contra el noble marqués la disparase,

y al golpe, el tiro, con perversa bala, contra el marqués partió. Y á poco veo la lucha, bajo sombras de la noche, y en aquel olivar...

P. Guardián. ¡Calma!

Don Alvaro. Revivo la escena toda. Mi Leonor, por tierra... Yo, casi muerto... Sin sentido, al punto. ¡Y ay, mi Leonor! ¡Perdida para siempre!

Y mi Calvario, con zozobras tantas, en lueñas tierras.

P. Guardián. ¡Por piedad!

Don Alvaro. (Exaltándose por momentos.) Y luego, los campos miro de la grande Italia; donde busqué á la muerte, que me diera consuelo, al fin, en lucha memorable. Y allí don Carlos, que á mis ojos surge como espectro del odio, vengativo. Y de nuevo mis manos, ¡oh, mis manos!, tintas en sangre de los Vargas...

P. Guardián. (Con notable zozobra.) ¡Temple sus angustias, al fin!

Don Alvaro. Y la sentencia que á muerte, con baldón, me condenara. Y el escapar al pavoroso trance. Y el cumplir mi promesa, tan solemne, de enterrar esta vida, tan odiosa, en la paz de humildísimo convento. Y al tenerle tan cerca, la emboscada de aquellos foragidos, en el fondo de olivar tan profuso... Mis heridas tan hondas. Y el socorro providente que me condujo aquí. Y en lentos años ¡qué perennes, qué trágicos dolores! ¡Ay, que sucumbo, que me entrego!... (Cae postrado en el sillón.)

P. Guardián. ¡Juicio!

¡Por caridad, y aunque sufráis un punto, dejad que el sol os mire y os conforte; dejad que el aire para vos renueve. (Abre, con el cordón, la alta claraboya de la izquierda. Entra en la celda como un torrente de luz.)

Don Alvaro. ¡Cuánta bondad, mi padre, mi prelado!
P. Guardián. Sentid cuál llega, bienhechor, el aire.
Cobrad, en nueva luz, ánimos nuevos.

Voz (De un gañán, que llega por la izquierda un tanto lejana.)

«Sobre las eras corro
por la mi yegua bruna;
sobre las rubias ondas
de las espigas rubias.
¡Hála, mi yegua dócil!
¡Que las espigas crujan!»

«Con grande gozo trillo,
bajo la luz del sol.
¡Y en tanto que bendigo
por tanto bien á Dios!
¡Hála, mi yegua dócil!
¡Trillemos bien los dos!
¡Sobre las rubias ondas!
¡Bajo la luz del sol!»

P. Guardián. En las eras vecinas,
el canto suena de la alegre trilla.

Don Alvaro. Canto de trilla alegre,
sensaciones del mundo me devuelves.
Las visiones se borran,
con este sol, del que temí sin tino.
Mis ánimos recobran
gracias á vos, mi Padre, nuevos bríos.

Voz (De nuevo.)

¡Hála, mi yegua dócil!
¡Trillemos bien los dos!
¡Sobre las rubias ondas!
¡Bajo la luz del sol!

P. Guardián. ¡Ah, la canción alegre de la trilla!

Don Alvaro. (¡Ah, mi sol! ¡Ah, mi vial!)
Ya mis angustias ceden.
Ya me dejad. Os llaman
imperiosos deberes.

P. Guardián. Tornaré.

Don Alvaro. ¡Dios me valga!

P. Guardián. ¡Valor!

Don Alvaro. ¡Sí! ¡Dios le premie!

(El Padre Guardián hace mutis por la derecha.)

ESCENA II

DON ALVARO

Don Alvaro. (Colocándose en plena luz.)

Mírame sol, mi padre.
Me coronen tus luces,
donde nadie me mira,
con triunfal esplendor.
¡Bajo mis toscos hábitos,
vive un hijo del Sol!

Reconóceme, luego.
Contéplame. Soy yo.
Rama de grande estirpe,
que tuvo, por tu gracia,
magnífico esplendor.
¡Mírame, padre mío!
¡Bésame, padre Sol!

Emperatriz de los Incas
pudo ser mi egregia madre.
Fué Virrey, de tierras hartas,
en tierras de luz, mi padre.
¿Me reconoces ya?
¡Vísteme, padre mío,
de tu esplendor triunfal!

Los mil Emperadores
de los ilustres Incas
descendieron de ti.
La sangre generosa
de estirpe tan ilustre
de nuevo late en mí.

La pérfida ambición
á mis padres cegó.

Castigo bien cruel
impúsoles su rey.
Y en vano quise yo
conseguir su perdón.
Sino bien infeliz
engendró para mí
perdurable dolor.

Mas, no porque la suerte
su merced nos negara,
dejó de ser mi estirpe
tan noble, tan preclara.

¡Ve mis angustias hondas,
en tan fiero dolor!
¡Mírame, padre mío!
¡Bésame, padre Soll!

¡Ay, que de nuevo la ambición me ciega!
No, perverso mortal. Eres tan sólo
fruto de la traición. Y en vano, en vano,
quieres luchar contra tu sino adverso.
Te arrepiente, no más. Y sufre. ¡Y reza!

ESCENA III

DON ALVARO y DON ALFONSO

Abrese la puerta, á la derecha, y aparece don Alfonso, embozado.
No bien penetra en la celda, vuélvese y cierra la puerta de nuevo.

Don Alvaro. Mas, ¿quién ha osado?

Don Alfonso. ¡Quien pudo!

Quien tuvo razones siempre
para entrar por donde quiso.
Demuestro bien que las tiene.

Don Alvaro. ¿Quién sois?

(Don Alfonso descubre su semblante.)

¡Jesús!

Don Alfonso.

¡El os valga!

Don Alvaro. ¡Santo Dios!

Don Alfonso. ¡El me protege!

Don Alvaro. ¿Don Carlos sois, que resurge?

Don Alfonso. Su hermano soy, que os sorprende.
Para arrancar á un cobarde
su máscara.

Don Alvaro. (Reportándose.) ¡Dios clementel!

Don Alfonso. ¿Armas no tenéis? La traje
para vos.

(Se desemboza y muestra dos espadas.)

Don Alvaro. ¡Ay, que se enciende
mi sangre! Dios poderoso,
¡de tu santa mano tenme!

Don Alfonso. Vino de América un día
cierto galán seductor,
fruto bastardo del Inca,
hijo de un torpe traidor.

Don Alvaro. ¡Ved cuál asilo me amparal
¡Ved que protégeme Dios!

Don Alfonso. ¡No vuestro engaño le engaña!
¡No lograréis su favor!

Vino, y en plena Sevilla
lujo de reyes lució.

Vino, y en noble doncella
puso codicias de amor.

Padre la hermosa tenía.
Padre con alto blasón.

Vil el galán, por artero,
trance fatal discurrió.

Viose sin honra la bella...

Don Alvaro. No, ¡que lo juro por Dios!

Don Alfonso. ¡Viose la triste sin honra!
Muerto su padre cayó.

Don Alvaro. ¡No porque yo lo quisiera!

Don Alfonso. Pudo escapar el traidor...
Y ese traidor tan cobarde

Don Alvaro. (Impacientándose.)

¡Basta, por Cristo!

Don Alfonso.

¡Sois vos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1928 MONTERREY, MEXICO

Don Alvaro. (Tornando á la súplica.)
¡Por el cielo, reportaos!
Don Alfonso. ¿Qué fué de Leonor? ¡Decid!
Don Alvaro. Sabéis que murió en la lucha.
Don Alfonso. Sólo sé—lo sé de nuevo—
que si lo afirmáis, mentís.
Don Alvaro. No miento, no. Mas, si vive,
pensad un punto. Pensad
que es posible todavía
que luzca sobre nosotros,
por ley de Dios, nueva paz.

Don Alfonso. (Con enojo acrecido.)
¡Miserable! Leonor
debe vivir. En Córdoba
sus penas refugió.
Bien lo sabéis. Y luego
bien sabéis, vil traidor,
en cuál nuevo retiro
refugiose por vos.
Don Alvaro. ¡No! ¡No!
Don Alfonso. La audacia pérfida
unís á la traición.
Ella os condujo á Italia,
porque allí...
Don Alvaro. (Conteniéndose, siempre á duras penas.)
(¡Justo Dios!)
Don Alfonso. Porque allí vuestra mano
manchase, nuevamente,
nuestro rico blasón.

Don Alvaro. ¡Y allí mi hermano murió!...
¡Con honra!
¡Y en lid de honor!
Don Alfonso. ¡Y á vuestras manos también!
Don Alvaro. Mi sino
tal lo dispuso... ¡Lo quiso Dios!
Don Alfonso. Y os busco inútilmente,
por ambos mundos,
años tras años.
Don Alvaro. ¡Porque en esta, la casa
de Dios, el cielo
me da su amparo!

Soy un gran penitente
que impetra caridad.
Don Alfonso. ¡Sois un vil solamente
y un traidor!
Don Alvaro. ¡Por piedad!

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero
rayo de muerte sea.
Tantas maldades juntas
vengue, castigue yo.
¡Tú mi brazo dirigel
¡Por mi padre, ultrajado!
¡Por Leonor, mancillada!
¡Por mi hermano, vencido!
¡Por la prez de mi honor!

Don Alvaro. Dios que nos ves: concédeme
resignación suprema.
No estallen, no, mis iras
en tumulto feroz.
¡Por mis hondas angustias!
¡Por mi fe tan contrita!
¡Por tu santa clemencia!
¡Por la santa memoria
de mi santa Leonor!

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero...
Dios que nos ves: concédeme... (A unis.)

Don Alvaro. ¡Piedad, don Alfonso!
Don Alfonso. ¡Nunca!
¡Pronto, al fin! En esos campos
mi estirpe quede extinguida,
ó vengada por mi mano.

Don Alvaro. ¿No os mueve á piedad el trance
en que me veis, insensato?

Don Alfonso. ¡Sólo juzgo, sólo veo
cuán indigno sois!...

Don Alvaro. (¡Dios santo!)
Noble fui siempre. Mi escudo
es como el sol, limpio y claro.

Don Alfonso. ¡Limpio decid! ¿No lo nubla
algún cuartel de mulato?

Don Alvaro. ¡Vive Dios! ¡Mentís!
(Con frenética ira.)
Don Alfonso. (Con júbilo.) ¡Ya rompe
vuestra furia! ¡Ya es razón!
Don Alvaro. (Fuera de sí.)
¡Sí! ¡que el infierno me vence!
¡Calle también vuestra voz!
¡Nadie en el mundo me ofenda,
sin que castíguele yo!

(Reportándose de nuevo.)
Don Alfonso. ¡Mas no, no! ¡No! ¡Dios eterno!
Pues... ¡tened! (Lo abofetea.)
Don Alvaro. (Furioso y recobrando toda su energía.)
(¡Ira de Dios!)
La espada me dad.
Don Alfonso. (Pasando á mano de don Alvaro una de las espadas.)
¡Fenedla!
Don Alvaro. ¡Y al Cielo pedid perdón!
¡Salid!
Don Alfonso. ¡Al instante!
Don Alvaro. ¡Muerto
le mira ya mi furor!
¡El infierno te confunda,
que por tus labios habló!
¡Llamas de perenne fuego
nos abrasen á los dos!
(Salen por la derecha, airadamente. Se vuelve á oír
el canto de trilla.)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un trozo de la sierra, cruzado por veredas practicables. En tercer término, una altura de bastante elevación, á la que se llega desde los términos primeros y desde el fondo de la escena. A la derecha, sobre unos peñascos, una media ermita, medio gruta, con tosco portón, practicable. Sobre la puerta rústica, una campana con una cadena, que puede hacerla sonar. Media la tarde. Al principio luce el sol. Obscurece luego y estalla una gran tormenta.

ESCENA PRIMERA

CURRA, NIEVES y FUENSANTA (cabreras)

Curra. (Dentro.)
Por aquí debe de andar
la *Rubia*.
Nieves. (Idem.) Con tiento vé.
Curra. Pues, seguidme. (Llamando.) ¡Ven acá!
(Aparece por la derecha.)
¡*Rubiaca!*
Fuensanta. (Saliendo, con Nieves, á Curra.)
¡Detente!
Curra. (Como antes.) ¡Ven!
Fuensanta. ¡Para, te digo! (Deteniéndola.)
Nieves. ¡Calla, mastuerza! (Idem.)
Curra. ¡Con buenos modos,
que no á la juerza!